

tamoanchán



Lunes 19 de junio

'UNA CRÓNICA DE HISTORIA REGIONAL', CENTRO INAH MORELOS

Los evangelizadores

Arqueóloga Laura Ledesma Gallegos
Investigadora del Centro INAH Morelos

Francisco de Aguilar estaba en la isla de Cuba cuando supo que se preparaba una partida para salir a buscar a Juan de Grijalva. Su sumó, como muchos otros, al ejército que formó Hernán Cortés hacia lejanas tierras e inesperadas aventuras.

Aguilar acompañó al capitán en todas las incursiones que hizo para conquistar a los indios desta Nueva España, por eso hay que dejar constancia de que fue uno de los más señalados conquistadores que se vio en esta tierra. Tenía grandes fuerzas y resistió a todos los males que se presentaron a él y a sus compañeros de fortuna. Por su ánimo tan avezado tenía el capitán en alta estima y encomendábale negocios importantes, como fue la guarda del Emperador Moctezuma, cuando lo retuvieron en sus palacios:

«Cuando los conquistadores españoles se encontraban en los palacios del Templo Mayor de aquella noble ciudad de Tenochtitlan, cuatro capitanes y doce soldados se acercaron al capitán don Hernán para referirle la situación; cómo aquella ciudad tenía una grande fortaleza y calzadas y puentes que se controlaban, y que mirase que los corazones de los indios son mudables, que no tuviese confianza, más bien que sospechara del amor y buena voluntad que el emperador Moctezuma les mostraba; que con quitarles el agua o la comida, o levantar alguno de los puentes, podrían los indios hacerles guerra y sus amigos los tlaxcaltecas, no podrían pasar a auxiliarlos, antes los prenderían y acabarían con ellos. A lo que Cortés respondió «No creáis, caballeros, que dormo ni estoy sin el mismo cuidado, que bien me lo habréis sentido; más ¿qué poder tenemos nosotros para hacer tan grande atrevimiento, prender a tan gran señor en sus mismos palacios, teniendo sus gentes de guarda y de guerra?

Los capitanes y soldados replicaron que habían de sacar a Moctezuma, con buenas palabras, de sus aposentos, decirle que estaba preso y que no se alterara ni diera voces, que lo pagaría con su persona». Los conjurados dijeron a Cortés que si él no lo quería hacer que les diera li-

ciencia a ellos. Sin embargo Cortés mismo prendió a Moctezuma y mandó ajusticiar a quince nobles, para escarmiento de aquella población.

Francisco de Aguilar, atento a las instrucciones de su capitán, siempre estuvo pendiente de la custodia del emperador

indígena; en las batallas siguientes de asedio y conquista de Tenochtitlan, fue siempre un soldado animoso, por eso cuando paso la devastación, Cortés le premio con un fuerte repartimiento de indios que le dieron en encomienda.

Pasado un tiempo Francisco de Aguilar cayó en la cuenta que no nos crió Dios para contentarnos con repartimientos de tierra, por eso el conquistador comenzó a pensar en los asuntos del cielo. Consideraba los peligros de que Dios le había librado y hallábase muy obligado a servirle, con deuda de ocupar el resto de su vida al servicio de Dios. Acordábase también de los agravios que había hecho a algunos indios, y de otros pecados de su vida, y para hacer penitencia resolvió tomar el hábito de la santa orden de Predicadores. Se acercó al bendito padre fray Domingo de Betanzos, quien le enseñó con todo cuidado la milicia de Cristo, donde se aprende el desprecio de nuestras fuerzas, el encogimiento humilde, y el dejarse llevar por la voluntad ajena; le mostró cómo había que luchar contra el demonio para ganar almas, todas cosas contrarias a la entereza de los soldados del mundo.

Mudanzas extrañas hace la voluntad del Señor, haciendo a Francisco de Aguilar fraile de la orden, quien se ejerció mucho en las cosas de nuestra religión, hasta llegar a ser mejor soldado de Cristo. Aunque comenzaba tarde, porque a la sazón contaba con cincuenta años, gustaba de la humildad, servía como criado, el amigo de riquezas era pobre de corazón, ejerció sus buenas fuerzas en los ayunos y rigores de la orden; sintió trabajo en el estudio, por su mucha edad, pero dedicaba toda su fatiga a Cristo.

Era piadoso con sus prójimos, mayormente con los indios, por descontar alguna crueldad que con ellos había teni-

Por favor pase a la página 16



Felipe Aureolo Teofrasto Bombasto de Hohenheim Paracelso

Q.I. Alma G. de la Cruz Sánchez

Este hombre que vivió en los albores del renacimiento vio la luz el 10 de noviembre de 1493 en Einsiedeln (Nuestra Señora de las Ermitas) Villa de Suiza situada en el fondo de un hermoso valle, en esta villa se encuentra una abadía de benedictinos, fundada en el siglo IX. Y fue bautizado con el nombre de Teofrasto como recuerdo del pensador griego Teofrasto Tyrtamos de Eresos, al cual el padre de Paracelso, admiraba profundamente.

El nombre de Felipe le fue añadido, sin duda más tarde, ya que Paracelso no lo usó jamás, el sobrenombre de Aureolus debió ser aplicado por sus admiradores, ya que hasta el año de 1538 no vemos que aparezca en ningún documento relacionado con su personalidad. Y en cuanto al nombre famoso de Paracelsus, existe la opinión de que su mismo padre se lo dio cuando era todavía un muchacho, queriendo demostrar que ya entonces era más sabio que Celso, médico célebre que vivió en tiempo del Emperador Augusto, y autor de un libro de medicina mucho más avanzado que los de su época.

Fue a partir del año 1510 cuando fue conocido bajo el nombre de Paracelso, ese nombre lo estampó en sus grandes obras filosóficas y religiosas.

De pequeño fue un niño bajito y encienque lo que provocó que siempre tuviese bastantes cuidados por parte de su padre el doctor Hohenheim que siempre dio una gran importancia a los efectos salutíferos del aire libre, respirado en plena naturaleza, por eso cuando el muchacho creció, hizo de él su compañero de excursiones, consiguiendo así robustecer su cuerpo y enriquecer su espíritu. Así fue como Paracelso aprendió el nombre de algunas hierbas y también sus virtudes curativas y el modo de usarlas, conoció los venenos y sus antídotos y el arte de preparar toda clase de pócimas.

En este tiempo aún no se encontraba oficialmente la farmacia reconocida en Europa, como lo estuvo en China, Egipto, Judea y en Grecia millares antes de la Era Cristiana, la primera farmacopea que se conoce pertenece a Nuremberg y data de 1542, el año que siguió a la muerte de Paracelso, por lo que se puede afirmar que la mayoría de las hierbas que hoy se recetan ya eran conocidas en la Edad Media. Y los religiosos eran quienes las cultivaban en los jardines de sus conventos. Es por lo que algunos conocimien-

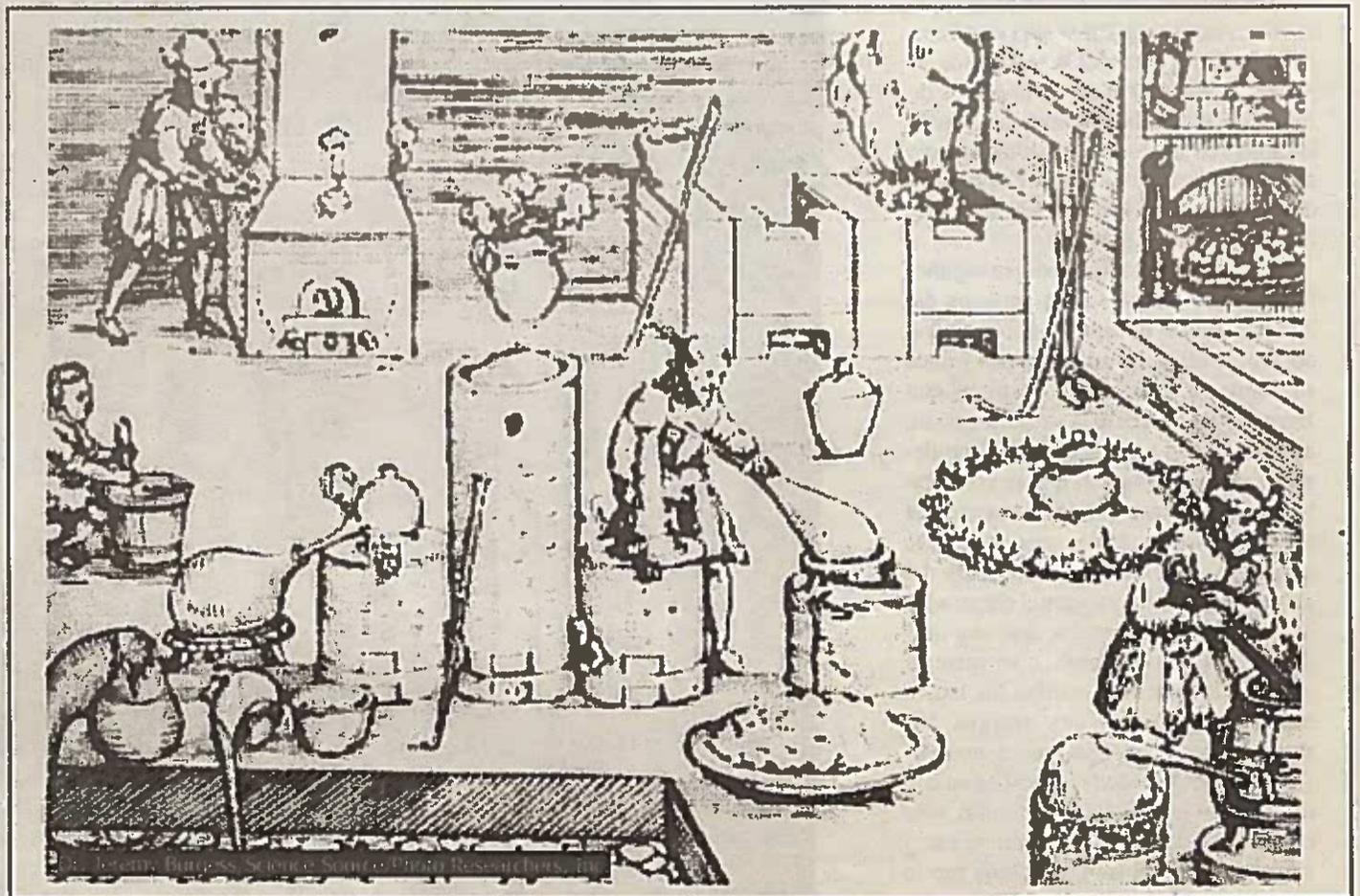
tos de sus usos todavía se conservan.

Su padre le enseñó latín, botánica, alquimia, medicina, cirugía y teología, pero el espíritu del Renacimiento fue el que le dio a Paracelso ese impulso hacia la inducción científica y al método experimental.

De muy joven fue enviado a la famosa escuela de los benedictinos del monasterio de San Andrés, en el Lavanthal, para su instrucción religiosa, y allí conoció al obispo Eberhad Baumgartner, el que era considerado como uno de los al-

quimistas más notables de su tiempo. Paracelso puso tanto entusiasmo en sus trabajos de laboratorio y en los fenómenos que observaba que logró hacer trabajos que se adelantaban a su siglo. Después fue a Basilea en donde estudió Ciencias Ocultas. En ese tiempo era imposible dedicarse a la medicina sin antes saber de astrología, el misticismo y la magia convivían con las teorías más opuestas.

Al salir para Basilea ya había adquirido la práctica de las operaciones quirúr-



Laboratorio Alquimista. El hombre del centro está fabricando ácido nítrico, utilizado para separar el oro de la plata. El análisis de metales en el siglo XVI tenía mucho más en común con el refinado que con la química moderna, como se observa por la presencia de distintos hornos en esta ilustración de un laboratorio.

gicas, ayudando a su padre a curar heridos. Paracelso se dio cuenta que en Basilea no iba a aprender mucho de los médicos escolásticos y pedantes de la época por lo que decidió trasladarse a Wurzbug en donde se encontraba el abate Tritemio de quien Paracelso había leído sus obras manuscritas, en las que afirmaba que las fuerzas secretas de la naturaleza estaban confiadas a seres espirituales, tenía muchos discípulos de los cuales a los que estimaba dignos, les admitía en su laboratorio donde se hacían toda clase de experimentos alquímicos y mágicos.

Paracelso a pesar de haber estudiado las Ciencias Ocultas con Tritemio, llegando a conocer las fuerzas misteriosas del mundo visible e invisible, abandonó muy pronto ciertas prácticas mágicas, por creerlas indignas y contrarias a la divina voluntad, sobretodo aborreció la Nigromancia, que era practicada por hombres poco escrupulosos, convencido que con ella sólo se atraían las fuerzas maléficas.

Renunció a toda ganancia personal que derivase del ejercicio de la magia y realizó investigaciones y experimentos sobre la magia divina, curar a los hombres como Cristo los había curado: éste era su anhelo. Entre tanto recibía de Dios la gracia de saber buscar y hallar todos los medios de curación con los cuales el Creador había provisto la naturaleza.

Paracelso fue considerado como el alquimista de más alto rango, ya que poseía un poder, que le permitía penetrar al espíritu de las cosas de la naturaleza.

Rechazó el estudio de la Crisopeya (el arte de hacer oro) debido a su espíritu noble y desinteresado, pero aprovechó prácticas alquímicas, que a su juicio podían ser aplicadas a la medicina. Pensaba que todos los minerales sometidos al análisis, podían darnos a conocer grandes secretos curativos y vivicantes para ciertas enfermedades mentales o físicas, escribió gran cantidad de libros en latín y en alemán.

Paracelso fue místico, supo ver la mano de Dios en toda la naturaleza: en lo profundo de las montañas, en los metales, en la bóveda celeste, en las riberas en los bosques y en los verdes prados en las fuentes con sus brotes curativos, tuvo

una inteligencia fuerte y clara, era bueno y era sabio.

Muchas leyendas se inventaron acerca de su muerte. Unos decían que los médicos de Salzbouurg habían contratado a un rufián para seguirlo y con el objeto de lanzarlo aun abismo; otros cuentan que le dieron a beber vino emponzoñado, pero gracias al testimonio del doctor Aberle,

más allá del puente. Quiso que le fueran entonados los salmos uno, siete y treinta. Entre cada salmo se repartiría dinero a los pobres que se encontraran en la iglesia, tres días después de disponer todo expiró en la Posada del Caballo Blanco, La muerte nunca le causó horror, según él. La muerte era el fin de su jornada laboriosa y la cosecha de Dios

ron los huesos para trasladarlos a otra sepultura, empotrada en uno de los muros de la Iglesia de San Sebastián.

El ejecutor testamentario de Paracelso, Miguel Setznagel hizo colocar una lápida de mármol rojo sobre la tumba con la siguiente inscripción:

¡Aquí yace Felipe Teofrasto de Hohenheim. Famoso doctor en medicina



Taller de alquimia.

que asegura que enfermó y que día con día su mal fue progresando, aún poco antes de morir se ocupaba de escribir sobre su vida espiritual, dispuso de sus bienes, dio las disposiciones para su entierro y escogió la Iglesia de San Sebastián,

Falleció el 24 de septiembre día de San Ruperto, fiesta muy celebrada en Salzbouurg. El Príncipe Arzobispo ordenó que los funerales se celebraran con toda pompa. Cincuenta años después de su muerte fue abierta su tumba, se saca-

que curó toda clase de heridas, la lepra, la gota, la hidropesía y otras varias enfermedades del cuerpo, con ciencia maravillosa, murió el 24 de septiembre del año de 1541!

Botánica Oculta, Las plantas Mágicas.

tamoanchan

UNA CRONICA DE HISTORIA REGIONAL

Información, sugerencias o publicidad: Avenida Lázaro Cárdenas #494, Col. Jiqualpan, 62170, en Cuernavaca. Tel. (7) 313-28-99

E mail: elregional@mexico.com

CENTRO INAH MORELOS

Matamoros No. 14, Col. Acapantzingo, Cuernavaca, Morelos.

Tels. (7) 312-59-55 / 312-31-08

E mail: cimor@mor1.telnet.mx

Es un suplemento semanal editado por
ElRegional

Felipe Ernesto Pacheco Rodríguez
Director General

Rafael Gutiérrez
Coordinación del suplemento
Tamoanchan (INAH)

INAH
MORELOS

Teresita Loera Cabeza de Vaca
Encargada de Despacho
Centro I.N.A.H. Morelos

Patricia Suárez Ortega
Responsable de Difusión
(I.N.A.H.)

El príncipe y la cultura

Heladio Rafael Gutiérrez Yañez

El gobernar y el conocimiento son dos poderes que se ejercen de diversa manera, son antagónicos; celosos de la primogenitura y en nuestra sociedad, el primero se impone sobre el segundo. El conocimiento es científico, técnico y artístico con lo que se forma el patrimonio de la cultura y se expresa en manifestaciones en el tiempo y en el espacio. De tiempo en tiempo surgen personajes que han reunido ambos poderes y han marcado el paso de la sociedad

En la primavera de 1515, hace 485 años, el canciller de Brabante, preceptor de Carlos V, pidió a Erasmo que le escribiera un manualito con las directrices que debía observar un buen gobernante; la respuesta de Erasmo fue el Texto de INSTITUTIO DE PRINCIPIS CHRISTIANI, en el que aprovechó hacer una respuesta al «Príncipe», Texto de Maquiavelo, y sus principios, escrito para actualizar a los gobernantes del Renacimiento. Las diferencias entre ambos textos eran: mientras éste proponía la astucia del poder político, el pesimismo y la amoralidad, el de Rotterdam proponía «una decidida intención pedagógica, el humanismo evangélico y el pacifismo integral» (PEDRO JIMENEZ G. YANA MARTIN. Educación del Príncipe cristiano. De Erasmo de Rotterdam. Editorial Tecnos S.A.) Se desatacan las dife-

rencias en la convivencia pacífica, en la sensibilidad intelectual en la formación del gobernante y la práctica de las virtudes propias de su función.

A lo largo de los muchos años de historiar el Estado de Morelos y en particular sus monasterios del siglo XVI, joyas encubiertas de nuestra cultura que pasan desapercibidas para la mayoría de nuestras gentes pero no para los extranjeros, he tenido la fortuna de guiar por sus rutas a diversas personalidades de mundo político y del mundo del conocimiento y la educación; algunos han sido nacionales y otros extranjeros, particularmente del campo de la educación universitaria, invitados por nuestra Máxima Casa de Estudios como el Profesor Jean Claude del Ministerio de Educación de Aux-Nanterre en Francia, el Doctor Richard Trexler del Departamento de Historia de la S.U.N.Y. de Binghampton de Nueva York o el Doctora Víctor Minguez Cornelles de la Universitat Jaume I de Castellon en España; otros han sido personajes del mundo del poder político tanto en función como aspirantes; sin contar grupos numerosos de la sociedad civil. Lo que quiero resaltar es la diferencia de interés por los testimonios históricos de nuestra cultura.

Mis compañeros visitantes académicos extranjero y nacionales no sólo mues-

tran su interés por el edificio y sus gentes, también los disfrutan haciendo observaciones generalmente desapercibidas: establecen una estrecha comunión con el fenómeno histórico; los grupos de vecinos organizados por instituciones como el ISSSTE, el Seguro Social, la Universidad, las Escuelas tanto Privadas como Institucionales, los Amigos de Museos y otros, no dejan de extrañarse por la grandiosidad de las construcciones y balucean intereses por saber más: hay un creciente interés por adentrarse en los orígenes de nuestra actual sociedad tan amenazada por las avanzadas invasoras de las culturas sin historias lejanas y con amplios horizontes financieros. Y no es que economía y testimonios históricos sean antagónicos, la economía forma parte de la cultura, pero este es otro tema pendiente. Por el contrario, que diferente es el paso de los políticos por los espacios de un antiguo edificio, porque esto solo es parte de un protocolo logistizado por los grupos aledaños a las prebendas. En primer lugar, forma parte de un evento imaginario, es decir para construir imagen, y por lo tanto tiene los límites que los futuros prebendados le asignan, el notable visitante, se ve constantemente asediado por su conductores para atraer su atención hacia lo que consideran conveniente que se entere, por lo

mismo el extraordinario visitante divide su atención entre la cultura y los intereses de sus seguidores y finalmente, trotando por los espacios culturales avanza desafortunadamente hacia el término de la visita embarrado de no se que mantequilla cultura que pronto se desvanecerá con el quemante sol moreliense y arriba la folclórica comida donde se exponen los intereses más diversos. Nunca me he podido despedir de un visitante después de haberle, eso si brevemente por que así se estipula, ofrecido un poco de historia, tecnología histórica y un leve sabor estético con cuyos ingredientes trato de construir una relación de un Monumento Histórico con sus hacedores, usuario y dueños.

Afortunadamente se barrunta un leve resurgir de la sociedad por buscar nuestras raíces culturales y de apropiarse de los testimonios que ha dejado a través del tiempo; tiene en su contra los intereses del poder y una ancestral deseducación de los propio y una empujada proclividad hacia el oropel ajeno. Las chatarras culturales que hoy se ofertan en el mercado del dinero, el poder y el nombre bonito, enfatizan una forma de vivir «al día», posponiendo las razones, las utopías, y el destino; así se construyen las coyundas, los timones, los arados y los gorbucos para sembrar (cultivar) las parcelas de la cultura ajena.

Viene de la página 13

do; amábanle tanto españoles como indios, quienes viendo tanta santidad en el religioso acudían a él para pedir su intercesión ante el muy alto. Los indios que habían sido de su encomienda, visitábanle en el convento y le regalaban mantas de algodón, que humildemente le ofrecían, por lo mucho que le amaban. Nunca predicó, por el mucho temor que tenía para hablar en público, el cual nunca perdió, pero aprovechó mucho a los indios, confesándolos y doctrinándolos, reconociendo en ellos a los buenos hijos.

Su ejemplo servía como enseñanza, como quedó constancia de cierta ocasión, cuando era este padre vicario del pueblo de Oaxtepec, donde era teniente de corregidor un hombrecito, sucedió que el padre vicario había mandado que ninguna mujer se sentara en la capilla mayor; y pareció al teniente que la suya, por serlo merecía trato distinto y mejor lugar en

la iglesia. Se acercó al religioso con palabras muy sueltas. Respondió el religioso poniendo sus razones, pero éstas no valieron para el ciego teniente, quien colérico dio una bofetada al humilde fraile. Este era ya soldado de Cristo y en su pasión le había enseñado a callar semejante injuria, ofreciéndole la otra mejilla, y volviéndose al Santísimo Sacramento dijo. «Señor por lo que toca a mi injuria, yo la perdono por vos, pero por vos mismo os suplico, que si importa para el ejemplo de estos indios, castigáis este desacato hecho en vuestra presencia y contra un sacerdote vuestro.» Con esto se alejó el desventurado teniente, y el pueblo quedó muy edificado con la paciencia del religioso, y ofendido por la agresión del excomulgado.

Fray Francisco se puso a escribir a México, para que el agresor fuera castigado, pero éste queriendo ganar las cartas por la mano, se puso en camino con

toda brevedad, para informar a México lo que mejor le conviniera; quiso Dios defender su causa y llegando este pobre hombre al pueblo de Iztapalapa, cuando a deshora le cayó un rayo que le quitó la vida a él y a su caballo, dejando su alma en deuda, por ser un sacrilego excomulgado. Quedó éste como ejemplo digno de consideración, así para estimar la virtud y santidad del religioso.

Durante los cuarenta años que vivió en la religión, fray Francisco sirvió como prelado en muchos pueblos de indios, donde predicó con ejemplo de virtud y prudencia. Quiso Dios que en esta vida fuera su purgatorio, y le envió la enfermedad de la gota, para padecer algo por su amor. Con el correr de los años creció la enfermedad, dejándole gafo de pies y manos, y tan imposibilitado que no podía ni estar de pie, ni sentado ni acostado. Llegó a ser tal la enfermedad que no podía ni comer por sus propias manos, ni

aprovecharse de ellas para cosas tan necesarias y tan frecuentes como a los hombres sirven, que no es pequeña penitencia, pero mostró tal fortaleza como verdadero soldado de Cristo.

A los noventa años, cuando sintió cercana la muerte recibió los sacramentos, pidió el favor de los Santos y quiso Dios que se acabase su tiempo de padecer. Acabóla vida corporal donde había dejado encomienda de indios y le llevó Dios a la eterna, como premio a su militancia.

Bibliografía

Dávila Padilla, Agustín O. P. *Historia de la fundación y discurso de la Provincia de Santiago de México de la Orden de Predicadores, México, Ed. Academia Literaria, 1965.*

Díaz del Castillo, Bernal. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España. México, Ed. Porrúa, 1980. Col Sepan Cuantos n/5.*